

del poeta que dice: "contar es ir al olvido".

El mito y la leyenda del "modo de ser antioqueño", tantas veces examinados por teóricos de lo social, sólo pueden ser entendidos históricamente. Mito y leyenda parecen ser la puerta de entrada de este ensayo histórico-biográfico de un personaje antioqueño como lo fue Gonzalo Mejía, ritualizados en un subtexto "moralizante" que llama a seguir un ejemplo. Puerta de entrada que ofrece una trampa tanto a su autor como al lector. Éste es tal vez el doble juego que hace de la lectura de este libro una aventura deliciosa en la que lo simbólico recobra vida en el mismo personaje y viceversa, en un acto que es reproducido por procesos que se colocan por fuera de la obra y en donde el mito es también una práctica que nombra, codifica, pero que también mueve una voluntad del hacer y cuyos resultados para el pasado son tangibles pero para el presente impredecibles.

El autor de este libro, Héctor Mejía Restrepo, antioqueño nacido en Andes en 1940, graduado en la Escuela de Minas de Medellín en 1965, no es historiador ni biógrafo con formación académica; simplemente ha reunido para su trabajo la disciplina adquirida en el ejercicio profesional de la ingeniería, una disposición al trabajo literario (tiene inéditos un libro de cuentos y una novela) y la tozudez de alguien que ama profundamente a su tierra antioqueña y admira a personajes que encarnan sus valores, como Gonzalo Mejía.

El carácter de *amateur* del autor es la garantía de un resultado en el que se logra cierta soltura que se siente a lo largo de las páginas de esta obra y que opera también en el sentido de librarlo del acartonamiento académico tan habitual en trabajos de tipo histórico. El resultado de todo esto es una sugestiva organización que trata de imponer un orden racional, mas no por eso carente de afecto, a la vida y obra del personaje que presenta el libro. Es ese orden el que corrobora más la intencionalidad de la obra, mencionada al iniciarse estas notas.

Haciendo eco a las palabras dichas por Fernando Gómez Martínez en Turbo (1956) de que don Gonzalo "tuvo visión de la tierra, el aire y el mar", Mejía Restrepo reconstruye la vida de su personaje a través de los resultados de un hacer continuo y caracterizado por la constante innovación: los deslizadores por el río Magdalena, la compañía de navegación aérea, la construcción del teatro Junín de Medellín, su participación en los albores del cine colombiano, la carretera al mar, la creación de la primera empresa de taxis en Medellín, el nacimiento de la empresa aérea Umca, la construcción del aeropuerto de Medellín, la primera abastecedora de carnes, y el esfuerzo por sacar adelante la idea de la autopista Medellín-Bogotá. Ahí, en cada una de esas obras vitales para el desarrollo tanto regional como nacional, encuentra el ingeniero Mejía Restrepo ocasión para relatar otros aspectos de la personalidad de don Gonzalo.

Esta manera, muy antioqueña por cierto, de presentar el personaje va dejando en el lector una imagen que coincide con la idea schumpeteriana del empresario. Es la figura de don Gonzalo la de una especie de "anormal" en la sociedad, por cuanto su éxito, riesgo o fracaso tiene que ver no sólo con la intención y con la repugnancia que siente hacia lo habitual, hacia los caminos trillados, sino también con el clima social en que se mueve. Características estas que, puestas en juego en el contexto social, producen cambios importantes en el desarrollo del espacio histórico en que se mueve el personaje.

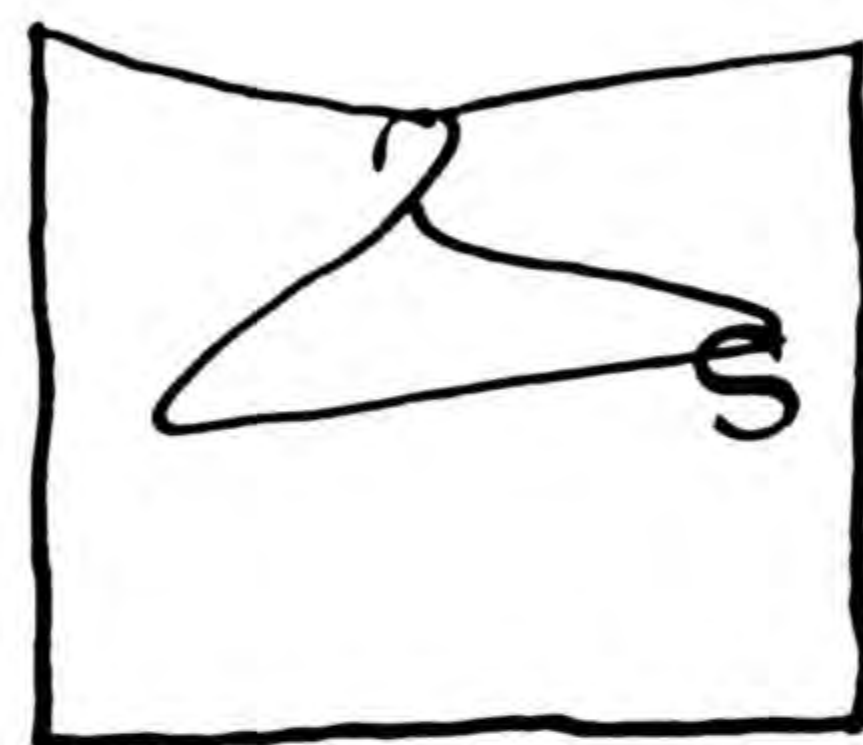
Nadie podría dudar sobre el efecto que tuvieron las "locuras" de este gran hombre antioqueño. Pero también es cierto que quedan en el lector dudas sobre la existencia de otros móviles en la vida de don Gonzalo, como el ideal de crear un mundo privado, la voluntad de poder, de tener éxito por el éxito mismo o las motivaciones de un goce creador que sólo quiera ejercitar la energía y el ingenio, independientemente de su resultado en el conjunto de sus prácticas sociales. En este aspecto existe un gran silencio en la obra.

Muy bien escogidas las referencias a otro personaje que logra, como "actor de reparto", ganarse la simpatía del lector. Se trata de Marichú, la hermana de don Gonzalo, en la cual se logra caracterizar un "tipo ideal de mujer conservadora" de la tradición religiosa y humanitaria.

La vida familiar del personaje está tratada con cierto distanciamiento que es necesario respetar pero que en definitiva aleja al libro de lo que se ha considerado como género biográfico. Lo mismo sucede con el aspecto político. No basta reducir este punto a la no militancia en uno u otro partido político. El autor no intentó vencer este sentido común para encontrar el verdadero análisis de la que fue la vida política de Gonzalo Mejía y su forma particular de acercarse a la estructura de poder tanto regional como nacional. En este sentido, la obra se queda corta.

Sin embargo, así, con estas anotaciones que buscan más bien destacar las impresiones de un lector, nos enfrentamos a la vida de un hombre que, como Gonzalo Mejía, escogió o aceptó con pasión su destino, narrada en un libro escrito con el amor, dedicación y honradez que rechazan el olvido.

MANUEL RESTREPO YUSTI



Pavor al tedio

Gonzalo Mejía: 50 años de Antioquia
Héctor Mejía Restrepo
El Sello Editores. Bogotá, 1983.

Sería tedioso empezar diciendo que don Gonzalo Mejía fue un patriarca antioqueño, un pujante empresario o un paísa de "pura-cepa". Esas figuras de arrieros emprendedores ter-

minan por oler a incienso de iglesia grande, a patios centrales y rosarios dormilones que entretienen las tardes entre carrieles y ruanas.

Y eso es justamente lo que don Gonzalo Mejía no fue. Un personaje que logró vestirse de rebeldía durante toda su vida, encomendándole su felicidad a la suerte, se dedicó a fabricar sueños que lo mantuvieron siempre vivo. A los veinte años fue uno de los espectadores de la hazaña que conmocionó a París en 1906: Santos Dumont se elevó en un aeroplano y logró volar doscientos metros ante la mirada atónita de su público. Ahí estaba Gonzalo Mejía, y esa fue la orden de partida para una carrera de conquistas emprendidas sin tregua, tal vez, para huir del tedio de las ruanas y los rosarios. Parece ser que su consigna fuera no aburrirse jamás.

El santo y seña: la suerte

Cuando Gonzalo Mejía nació, el 31 de mayo de 1884, el mundo no conocía los aviones, apenas las grandes ciudades habían visto un automóvil y no había transcurrido ninguna de las grandes guerras. Colombia era un extenso territorio de poblaciones aquí y allá, que poco o nada se comunicaban entre sí, y que por supuesto no poseía ni comercio, ni industria ni desarrollo dignos de anotarse. Se vivía en este minúsculo país perdido en el sur de las historias dejadas por un siglo patriótico y de las fantasías que se filtraban desde Europa. Medellín era una ciudad encerrada entre apacibles montañas de mineros y campesinos.

Cuando don Gonzalo murió, el 6 de agosto de 1956, el mundo estaba próximo a conquistar la Luna, se habían vivido dos guerras mundiales, varias revoluciones y se asistía a un gran desarrollo tecnológico e industrial. Colombia todavía veía correr la sangre de la violencia, había padecido un golpe militar, trece presidentes en lo que iba corrido del siglo, tenía compañías aéreas, cine, ferrocarriles que la unían de sur a norte, comercio internacional, guerrillas y luchas partidistas. Medellín era la capital industrial del país, unida al mar

y al interior por carreteras. Bulliciosa, productiva y emprendedora, Medellín le debía a Gonzalo Mejía gran parte de la infraestructura que le permitió desarrollarse. Mucho le debe todavía a ese hombre visionario y testarudo, que para entretenerse concibió los más ambiciosos planes, y en más de una ocasión logró concluirlas con éxito.



La suerte lo perseguía y a ella se encomendó siempre. Cuando tenía veinte años, una jugosa fortuna cayó a sus manos y decidió invertirla en su propia felicidad: se fue a Europa a deslumbrarse con el desarrollo, a ver volar aviones, construir ferrocarriles y sistemas de transporte que le inundaron la imaginación.

Poco tiempo después, en un tedioso viaje que soportó con estoicismo, entre Barranquilla y Puerto Berrio, durante quince días y parando todas las mañanas a cargar la leña para alimentar el vapor, concibió la idea de inventar unos deslizadores acuáticos que agilizaran el transporte por el Magdalena. A su llegada comenzó a hacer contactos con el gobierno, visitó a Europa y Estados Unidos, hasta que en 1915 puso al Yolanda a transitar el río. Los deslizadores cumplieron su función y don Gonzalo se trepó en otra nube: la aviación. En 1919 fundó la compañía de navegación aérea pionera en el transporte comercial en el mundo, y emprendió la fundación de Scadta, que cubría una quijotesca ruta entre Panamá y Medellín con estación en el golfo de Urabá en una hazaña digna de la fantasía de Julio Verne.

Después que la aviación se volvió tema común, la gran organización del entretenimiento que apenas comenzaba en el mundo: el cine, le

robó todos los sueños. En 1920 construyó, en la esquina de Junín con la Playa, el edificio Gonzalo Mejía, con estilo y arquitecto importados de Europa, en el cual la ciudad vivió los inicios del cinematógrafo, en el hoy llorado teatro Junín. En 1925 la gente se agolpó en las primeras filas para presenciar el estreno de la más importante película realizada en el país hasta 1940: *Bajo el cielo antioqueño*. Otra vez era don Gonzalo el protagonista de la hazaña. En Colombia había cine y él estaba enamorado de esa idea. En 1928 compró la firma de los Di Doménico y poco tiempo después fundó a Cine Colombia. Pero el 24 de octubre de 1929, el fatídico "jueves negro" dio inicio a la sonada crisis de los 30 y en adelante se sintió el derrumbe económico y de las ilusiones. Cine Colombia quebró y el sueño cinematográfico no se dejó cortejar más.

Pero don Gonzalo tenía muchos otros proyectos y obras, y se dedicó de lleno a realizar sus grandes sueños de ingeniería. Ya era conocido como "don Gonzalo, el de la carretera al mar"; desde 1925 había dado los primeros palazos en lo que, sin lugar a dudas, fue su obra mayor: la carretera al mar. Un día cualquiera se imaginó a Medellín conectado, por tierra, con un puerto y se dedicó sin cuartel a trabajar en la idea. Luchas, desilusiones, momentos de convulsión y guerra y la presencia constante de don Gonzalo fueron testigos de la carretera que se inauguró, por fin en 1955, triunfando con ello sobre los que desconocían la importancia de la vía y la tachaban de proyecto inoficioso que serviría para atravesar la selva y llegar a un pantanero. Sólo un visionario como don Gonzalo, que actuaba más por ingenio que por patriotismo, podía comprender el sentido del proyecto. Y el tiempo se encargó de otorgarle la razón, como en la mayoría de las campañas que emprendió, en las que utilizaba la retórica de un político y las conexiones de un diplomático sin caer en ninguno de los dos excesos. Logró coronar sus sueños solamente porque era un enamorado de la vida y un loco ingenioso con mucho sentido

común, al que tenían sin cuidado los partidos políticos y los homenajes póstumos.

Superada la crisis de los treinta, resolvió que Medellín necesitaba ampliar el viejo aeropuerto impulsado por él en 1937. Después de conferencias y discursos, cartas y visitas, consiguió que en 1947 se inaugurara el aeropuerto Olaya Herrera. Cuando las aventuras con la aviación parecieron tocar a fin, optó por darle un regalo a Medellín y fundó una flota de taxis: el Tax Imperial, lo más pintoresco que vio el parque de Berrio en 1931.

A la par de esto, don Gonzalo participaba en la formación de muchas industrias de importancia, pertenecía a juntas directivas, comités empresariales, fue presidente del Club Unión, y hasta una empresa de transporte de carne estuvo en su agenda. Terminó trazando proyectos y planes para la autopista Medellín-Bogotá.

Uno puede imaginarlo

Lo mejor del libro que Héctor Mejía (nada que ver con la familia) escribió sobre don Gonzalo es que uno termina por imaginárselo. Con su irremplazable flor en la solapa sus ojos medio cerrados y su sonrisa imborrable, bronceándose al sol, práctica que nunca descuidó por su vanidad, montando los mejores caballos, alegrando todas las fiestas de sociedad, imaginando proyectos, enamorando muchachas y bailando, lo que era su gran placer. La descripción nimia que hace Héctor Mejía permite imaginárselo con su sombrero chillón, alto, robusto, canoso y con una vozarrón de hombrachón. El biógrafo va entregando además puntadas claves sobre la historia mundial y nacional, que permiten situar dentro de un contexto la labor de Gonzalo Mejía y salvar al libro de ser una pueril alabanza regionalista. Uno termina también por imaginarse a doña Alicia, su esposa, que lo acompañó desde 1911 y que en 1945 murió habiendo educado 7 hijos, mientras vivió su propia vida de mujer sociable. Se dibuja también la imagen de Marichú, la hermana mayor de Gonzalo Mejía y la deposita-

ria de su más hondo reconocimiento por haber sido indeclinable en sus ideas más aéreas.

La generosa narración de Héctor Mejía permite topetearse con esos rincones silenciosos que posee todo ser, por fuerte y emprendedor que sea. Esa cavidad sensible llamada "recuerdo amoroso", que persiguió a don Gonzalo desde que una condesita polaca, Imelda Prunzisky, le robó su corazón durante su primer viaje a Europa. Nunca pudo tenerla porque, a juicio de los padres de la impecable condesita, él era un pobre suramericano que no conseguiría colmarla hasta hacerla feliz. Tal vez a Imelda le confesó el secreto de lo que pensaba de sí mismo, una noche de 1909. Cuando recorrían Venecia en un delirio de amantes, al entrar a una plaza, vio la estatua de un guerrero y se dirigió a Imelda para decirle: "Ese soy yo".

ÁNGELA PÉREZ

Medellín y una mujer crecen: sus vivencias y recuerdos

Vida de una abuela

Blanca Mejía de Zulategi

Ed. Lealón, Medellín, 1983

Relato en tono de abuela a sus nietos, útil para documentar la vida cotidiana de las mujeres de clase alta de Medellín durante la primera mitad del siglo XX.

Contar quién es la autora es resumir el libro que abarca en orden cronológico la historia de su vida. Con una narración amena, sorprendente a veces por la fidelidad con los detalles —olores, sabores, sonidos—; describe cómo vivía su familia en la época en que los viajes se hacían a caballo o en silleta, sus impresiones de los campos, pueblos y ciudades donde vivió.

En la infancia algunas tradiciones del campo le fueron transmitidas mediante el contacto con las cocineras

y los peones de las fincas. Recuerda los sustos con los gritos de la Llorona, los espantos de la Patasola, las aventuras de Sebastián de las Gracias.

Aparecen los recuerdos de su adolescencia en Medellín. Contando de sus noviazgos, sostenidos a punta de salidas a misa, a retretas del parque Bolívar y visitas por la ventana, nos recrea el paisaje urbano del Medellín del tranvía, del circo España, de las cajoneras y sus pregones, de Salvita y sus globos de tela.



Doña Blanca, sin dejar de ser una señora muy aseñorada, debió aguantarse la presión y la beatería de la "sociedad" medellinense, a raíz de sus relaciones con un extranjero, Miguel de Zulategi y Huarte, músico vasco, ordenado carmelita contra su voluntad. La curia les declara la guerra. Ningún juez se atreve a casarlos por temor a la excomunión. Viajan a Panamá en 1932 y se casan por lo civil. Son excomulgados. Viven en Bilbao, guerra civil española. Regresan a Colombia, a Medellín, viven entre músicos, vienen a Bogotá, el nueve de abril, y a Cartagena donde don Miguel dirige la Orquesta Sinfónica fundada por Rojas Pinilla.

A pesar de su distanciamiento de la religión, un acto excepcional para su medio y su época, y de haber vivido varias veces en pensiones en que se hospedaban principalmente extranjeros, sobre todo hombres, no es un caso femenino del todo atípico. Acata las normas y valores sociales y se comporta como cualquier otra señora: con dedicación al hogar, acepta la autoridad del marido dentro de su familia, centra su atención en la culinaria, la moda y otras preocupaciones consideradas "femeninas".